

# LA ENTROPÍA DE LAS OLAS

Esther Collado



# LA ENTROPÍA DE LAS OLAS

Es-  
ther Collado

Para mis padres, por todo lo que me dieron y todo lo que me  
dan.

## PRÓLOGO

Mi madre siempre decía que yo era un espíritu libre. Que era una defensora empedernida de las causas perdidas y que encontrar la felicidad no iba a resultarme fácil. Ella lo supo mucho antes de que yo me diera cuenta.

Quizá lo sabía porque ella era como yo. Y quizá por eso trataba de cambiarme.

¿Pueden cambiar las personas? En muchos aspectos por supuesto, pero hay cosas imposibles de cambiar, que son aquellas que se encuentran arraigadas en lo más profundo de su ser. Mi madre lo sabía, pero a pesar de todo, trataba de llevarme por el mismo camino que recorrían los demás, y casi lo consiguió.

Pero ese camino, que por un lado es más cómodo y liviano, por otro está plagado de hipocresía, conformismo, mediocridad y aburrimiento. Para bien o para mal, terminé encontrando mi propio camino. Y aunque tardé mucho en darme cuenta, estoy convencida de que mi madre se alegraría de que así haya sido. Quizá tuve el valor de apostar por aquello en lo que creía. O quizá simplemente no tuve elección.

# PRIMERA PARTE

## VERANO DE 2001

## CAPÍTULO 1 - DE VUELTA EN CASA.

—¡Adriana! ¡Qué alegría verte por aquí de nuevo! — exclamó Fonsina al divisarme nada más entrar en la panadería. —¡Y qué guapa estás, hija mía, da gusto verte!

—Muchas gracias, Fonsina. Usted, que me mira con buenos ojos. El sábado empiezo con el reparto. Quiere que me pase por su casa ¿verdad?

—¡Claro! Ahora compro un pan menos; ya no vienen a comer Paco y la Toñi, así que llévame dos barras, ya sabes, del gallego.

—Muy bien, ya lo dejo anotado. Entonces, ¿le pongo ahora también dos barras?

—Sí, y me voy a llevar también unos pasteles, que es el santo de Antonio.

—Ah, pues felicítele de mi parte. ¿De cuáles le pongo?

—Ponme de los pequeños, variados. Dos docenas.

—¿Qué tal están sus hijas?

—Ahí van. La Rosa se ha quedado sin trabajo, y el del marido va regular; pero tenemos salud, así que no nos podemos quejar.

—Ya le saldrá algo, que su hija vale mucho, Fonsina.

—Pues eso digo yo, que algo saldrá. Habrá que tener paciencia y ponerle una vela a San Pancracio. —Recogió la vuelta del billete que me había entregado y tras un

suspiro, se despidió—: Bueno hija, pues me alegro de verte.

—Y yo a usted. Hasta el sábado.

—Hasta el sábado pues.

—¿Quién era? —Mi hermano salió del aseo cuando la campanilla de la puerta de la panadería dejaba de sonar.

—Fonsina; se ha llevado unos pasteles.

Santi miró el reloj.

—Vete ya si quieres, tendrás cosas que hacer.

—Algo encontraré — dije cogiendo mi bolso.

No me gustaba trabajar en la panadería. De niña, siempre que estaba de vacaciones, tenía que ir a la panadería para ayudar a mis padres, porque mi padre decía que debíamos asumir responsabilidades desde la infancia, y así lo hacíamos Santi y yo, ya que Pablo siempre se escaqueaba sin que supiéramos cómo lo hacía.

Y aquel momento, después de tanto tiempo, era la continuación lógica en ese aspecto de nuestra niñez: Santi se había hecho cargo de la panadería y yo le ayudaba durante mis vacaciones, mientras Pablo se dedicaba a hacer su vida sin preocuparse de los asuntos familiares.

Niko me recibió con su habitual efusividad: casi me tira al abalanzarse sobre mí nada más cruzar la verja.

Tras dejar el pan en la cocina y lavarme la cara para hacer desaparecer los restos de sus lametones, subí a mi habitación y la contemplé desde la puerta, con unos ojos distintos de aquellos que la observaban los fines de semana que regresaba a casa. Mi cuarto, mi hogar: mi sitio. El lu-

gar donde tantas veces había reído, llorado, sentido. Donde había amado y soñado... y también sufrido. Donde fui una niña, y después, me convertí en una mujer.

Dejando mis pensamientos a un lado, comencé a sacar de la maleta la última tanda de ropa que quedaba por ordenar de las cuatro que había traído.

A medio camino de finalizar la tarea, mis ojos se dirigieron hacia la ventana para seguir la trayectoria que una gaviota trazaba en el despejado cielo. Surcaba el aire con su caprichoso y reposado vuelo en lo que parecía un paseo fruto del azar, tratándose sin embargo de su tantas veces recorrido itinerario en busca de alimento.

Debajo, el inmenso mar Cantábrico se desplegaba ante mi fascinada mirada. A pesar de haber sido tantos años testigo de su presencia, nunca he podido acostumbrarme a su grandiosidad. Ahora, de vuelta en casa, podía observarlo con la tranquilidad de quien sabe que no va a perderlo de vista en una buena temporada.

Mi estancia en León, muy enriquecedora, me había servido para darme cuenta entre otras cosas, de que no quería que mi vida transcurriera en un lugar alejado del mar. Los fines de semana, cuando regresaba y comprobaba que seguía allí, impertérrito (como no podía ser de otra manera) sentía que estaba completa.

Por esos derroteros divagaba mi cabeza cuando me sobresalté al notar que algo rozaba mi pierna. Solo fue el segundo que mi mente tardó en recordar la existencia de Silvestre, que había aparecido de la nada, tan sigiloso como siempre.

Contaba con siete años de edad cuando encontré a Silvestre. Estaba jugando con Mar y Gema, mis mejores amigas de entonces y de ahora, en el descampado de Luisín, que no es que fuera de Luisín, sino que estaba detrás de su casa, cuando oí una especie de gemido que provenía de un matorral situado a escasos metros de donde nos encontrábamos.

—Shhhhhh. ¿No oís ese ruido?

—¿Qué ruido? —preguntaron las dos casi al unísono.

—Viene de allí —contesté señalando en la dirección de la que procedía el sonido—. Parece un bebé. ¡Vamos a ver! —dije al tiempo que echaba a correr con Gema y Mar detrás.

Cuando llegamos al matorral, vimos un diminuto gato blanco y negro hecho un ovillo, que lamía sin cesar una herida que tenía en su patita trasera izquierda. Cuando nos vio, se quedó totalmente quieto, observándonos fijamente, como si nos estuviera examinando, y tras lo que pareció un instante de duda, se aproximó a la mano que había extendido hacia él para olerla y a continuación lamerla.

—¡Pobrecito! —Exclamó Mar—. ¿Habéis visto cómo tiene la pata?

—Sí, hay que curársela. Vamos a llevarlo a mi casa, a ver si está mi madre —propuse.

Mi madre acababa de llegar de la tienda de ultramarinos.

Hay muchas cosas que no recuerdo de mi infancia, y otras tantas que recuerdo sin mucha nitidez. Sin embargo, nunca olvidaré la dulzura con la que mi madre tomó a Sil-

vestre entre sus brazos para, a continuación, posarlo sobre una manta que había dispuesto sobre la encimera y desinfectar su herida.

Mar y Gema contemplaban hipnotizadas los movimientos de mi madre; eran lentos, suaves y concisos, como si cualquier maniobra en falso pudiera romperlo en mil pedazos.

—Vigila un momento que no se baje —me ordenó mi madre mientras salía de la cocina. Regresó a los cinco minutos con un pequeño listón de madera, una venda y esparadrapo.

—Me vas a tener que ayudar —añadió, no muy convencida de que fuera capaz de hacerlo.

Me quedé al lado de ambos mientras ella sujetaba con las dos manos la patita de Silvestre, intentando colocarla de forma que quedara recta. A esas alturas, el cachorro se quejaba maullando, pero sin embargo, se dejaba hacer.

—Sujétalo así para que pueda ponerle la venda —me dijo—. Has de tener cuidado de que no se mueva para que el hueso suelde en la posición correcta.

Seguí a pies juntillas las indicaciones de mi madre y creo que no me moví ni un ápice mientras ella colocaba primero el listón, y después la venda alrededor.

—Bueno, ya está. Ahora habrá que esperar a que se recupere.

Vertió leche en un cuenco y se lo puso en el suelo, al lado de la manta que también depositó allí, tras hacerle cuatro dobleces con el fin de que quedara mullida. Cuando

dejó a Silvestre en el suelo, éste vació el cuenco y se tumbó en la manta, donde se quedó dormido en el acto.

Ni siquiera le pedí a mi madre que nos quedáramos con él; se quedó sin más. Aún hoy, cuando vienen a mi memoria momentos como aquel, lo recuerdo con cariño, porque despertó en mí un sentimiento de protección hacia los animales que el transcurso del tiempo no ha conseguido mitigar.

Aquel día decidí que quería ser veterinaria.

Ese mediodía, sentados todos a la mesa, mientras degustábamos las patatas a la riojana que había preparado para el agrado de Santi, mi padre formuló la gran pregunta:

—Y qué, Adriana, ¿ya has pensado lo que vas a hacer?

—¿Sobre qué? —respondí, perfectamente conocedora de a qué se refería.

—Cuando acabes los estudios. Ya terminas en septiembre, tendrás que buscar trabajo, ¿no?

—Bueno, papá, no sé si acabaré en septiembre —repliqué—. Las asignaturas que me quedan son muy duras y no creo que me pueda preparar bien las dos en verano.

—¿No te vas a presentar a las dos?

—No creo que me dé tiempo. —Mi padre torció el gesto—. Seguramente me presentaré a una en septiembre y a la otra en la convocatoria extraordinaria de noviembre. —Con el descubrimiento de que en noviembre tendría otra posibilidad, pareció relajarse—. Claro, eso si apruebo una en septiembre. Si no, las dos en noviembre.

—Y ¿qué vas a hacer este verano? —preguntó Pablo, que ya estaba tardando en intervenir.

—Pues tendrá que estudiar ¿no? —contestó Santi por mí.

—Y te encargarás del reparto de la panadería ¿no? —preguntó de nuevo Pablo.

—Sí, ¿es que no me encargo siempre? —respondí malhumorada. No soportaba que Pablo se metiera en mis cosas cuando no eran de su incumbencia. Ni mi futuro ni la panadería tenían nada que ver con él, pero siempre tenía que opinar.

—Sí —se limitó a responder.

—Entonces, panadería y estudiar ¿no? —preguntó de nuevo mi padre.

—Sí, papá. Aunque también me pasaré a echar una mano en la protectora, Javi necesita ayuda y la experiencia me vendrá bien.

—¡Hala, a trabajar gratis, lo que te faltaba! —Dirigí una mirada asesina a Pablo pero me abstuve de contestarle. Esta vez fue mi padre quien salió en mi defensa.

—Bueno, Pablo, no todo es ganar dinero. Echar alguna hora allí no le va a hacer ningún mal y le servirá como experiencia para encontrar trabajo después.

—Ya, pero Javi le podía pagar algo, que tiene un morro...

—Pero vamos a ver ¿a ti qué te importa? ¿Eres tú el que va a trabajar gratis? Y no tiene morro, en las protectoras de animales siempre necesitan voluntarios, viven gracias a gente como Adriana y a las donaciones. ¿O crees que es un negocio rentable recoger animales que abandonan los

demás? —le contestó Santi. Yo me mantenía callada, fiel a la promesa que me había hecho de evitar entrar a las provocaciones de mi hermano, tratando de no tener que poner a cero el cronómetro de mi record en esta materia para volver a empezar a contar. Había aguantado cuatro días desde mi llegada, no estaba mal.

—Y ¿después, Adriana? —Volvió a la carga—. ¿Qué vais a hacer Cesar y tú cuando acabes la carrera?

Cesar era uno de los mejores amigos de mi hermano. Llevábamos saliendo casi tres años y desde hacía unos meses en su cabeza rondaba alguna idea relacionada con nuestro futuro. Probablemente querría proponerme que nos fuéramos a vivir juntos, pero aún no se había atrevido a decírmelo, y hacía bien, porque yo en aquellos momentos no tenía intención de salir de mi casa. Cesar tenía veintiséis años y llevaba tres trabajando en el despacho de su tío. Había ahorrado dinero y supongo que tenía ganas de dar un paso más en nuestra relación. Pero yo ni siquiera había terminado de estudiar; acababa de volver al pueblo después de varios años estudiando fuera, y quería recuperar el tiempo perdido, y no solo con él. Quería estar en mi casa, con mi familia, con mis amigas; entrar y salir cuando me apeteciera, y él era muy controlador y absorbente.

Salir con un amigo de mi hermano no había sido buena idea, porque siempre andaba en medio de nuestras historias: él era su principal defensor. Pero que le hubiera contado sus planes de que nos fuéramos a vivir juntos o lo que fuera antes de saberlos yo, me parecía excesivo. Aun así, traté de mantener la calma.

—¿A qué te refieres?

—Vamos Adriana, no te hagas la tonta conmigo... Estoy hablando de si os vais a ir a vivir juntos o si habéis pensando algo.

—Y ¿por qué no se lo preguntas a él?

—Ya se lo he preguntado.

—¿Ah sí? Y ¿qué te ha dicho? —añadí triunfante por la encerrona en la que le acababa de meter. Cambió el gesto y respondió irritado:

—Nada.

—Pues mira qué casualidad, lo mismo que te voy a decir yo.

—¿A vivir juntos? —Intervino mi padre— ¿Nos hemos vuelto locos o qué? Deja a tu hermana tranquila que ya tendrá tiempo de irse de casa. Vivir juntos dice...

A pesar de que en otro momento habría saltado ante el comentario de mi padre, decidí dejarlo pasar. No me gustaba que nadie se metiera en mi vida, y no por el deseo de libertad y rebeldía que se suele atribuir a los jóvenes de mi edad, sino porque siempre he querido ser la única dueña de mi futuro. Pero esa vez, con mi padre como aliado frente a mi hermano, no era el mejor momento para defender mi autonomía.

Esa noche, para mi sorpresa, Pablo vino a hablar conmigo. Estaba a punto de acostarme cuando unos nudillos tocaron mi puerta. Pensé que sería mi padre, que aún conservaba la costumbre de entrar a darme las buenas noches antes de irse a dormir.

—¿Se puede?

—Claro, pasa.

—Qué, Adriana, ¿estás enfadada?

—No, ya sé cómo eres —respondí un poco cortante.

—Vengo en son de paz —aclaró conciliador.

—Ah —comenté, sin saber bien qué decir y algo avergonzada por mi anterior ataque.

—Perdona por lo de antes. A veces no me doy cuenta de que ya no eres una niña. Ya sé que no te gusta que me meta en tus cosas, lo siento.

—No, no me gusta —contesté contrariada—. Y me molesta que Cesar te hable de nuestras cosas, y más que siempre te pongas de su parte. Eres mi hermano.

—No sé por qué dices eso. Yo no me pongo de su parte.

—Sí lo haces. Bastante me cuesta aceptar que tengas que enterarte de todas nuestras discusiones, para que además siempre medies a su favor.

—Mira Adriana, a mí tampoco me gusta verme metido en medio de vuestras historias, pero Cesar y yo somos muy amigos, y si no me cuenta a mí sus movidas con su novia, ¿a quién quieres que se las cuente? El problema es que su novia es mi hermana; pero eso no podemos evitarlo. Y tú crees que me pongo de su parte, pero él seguramente diría lo mismo, porque muchas veces te digo una cosa a ti y a él todo lo contrario, no creas que a él le doy la razón. Por eso se llama mediar, porque se trata de acercar posturas. Y dicho esto, una cosa te voy a decir: Cesar es mi amigo, pero tú eres mi hermana, y tengo muy claro de qué parte estoy. Aunque a veces me meta contigo o te diga cosas que no te gustan, no dudes de que siempre te voy a defender igual que siempre lo he hecho, desde que éramos niños.